
Alerta de caos en Nepal

[Kunda Dixit](#)

Palpasa Café (Café Palpasa)

Narayan Wagle

245 págs., Nepalaya,

Katmandú, 2005 (en nepalés)

Cuando Nepal se abrió al mundo hace 50 años con el derrocamiento de la dinastía Rana, pronto se corrió la voz de los encantos de esta idílica tierra, sus estupendas montañas, su tranquilidad y su rico patrimonio cultural. Esto, y la gran facilidad para conseguir hachís, atrajo a los *hippies* a la capital, Katmandú, en los 60. Después llegaron los aficionados al *trekking* y los mochileros, a quienes hasta la pobreza les pareció fotogénica.

Así que cuando la insurgencia maoísta se volvió cada vez más violenta en 2000, los periódicos de Londres, Hong Kong y Nueva York apenas podían creerse que existieran problemas en Shangri-la (el paraíso terrenal). E incluso habiéndolos, estaban convencidos de que no tardarían en resolverse. Sólo después de que el príncipe heredero asesinara a toda su familia y se suicidara la noche del 1 de junio de 2001, los enviados especiales se dieron cuenta de que en el montañoso reino estaba sucediendo algo realmente grave.

Más de 11.000 personas han sido asesinadas en los últimos nueve años y, dado el número de desapariciones de ciudadanos, Nepal figura a renglón seguido de Sierra Leona o Ruanda en las listas del horror. El 1 de febrero de 2005, el rey Gyanendra, monarca constitucional tras el asesinato de la familia real, defenestró al primer ministro y se arrogó poderes ejecutivos, alegando que la incompetencia de los líderes electos estaba entorpeciendo las operaciones de contrainsurgencia de su Ejército. Numerosos líderes políticos fueron encarcelados y se impuso una estricta censura. De la noche a la mañana, la prensa nepalesa pasó de ser una de las más libres del mundo a tener a soldados armados en las redacciones controlando los textos.

La guerrilla maoísta decretó el 3 de septiembre un alto el fuego unilateral de tres meses e hizo un llamamiento a todos los partidos políticos para encontrar una solución a la situación que atraviesa el país. Este movimiento deja aislado al rey y al Gobierno que él mismo eligió hace ocho meses.

Narayan Wagle, redactor del periódico en nepalés más popular de Katmandú, *Kantipur*, es testigo de excepción de este caos. Desde el principio de su carrera, a Wagle no le ha interesado informar sobre las altas esferas del poder de la capital. Prefiere recorrer los lugares más recónditos de este escarpado país y escribir artículos sobre el abandono y la apatía de la burocracia para llamar la atención del Gobierno en un lejano Katmandú.



Como compañero de profesión, comparto el sentimiento de Wagle respecto a la incapacidad del periodismo para ofrecer un verdadero retrato del trauma de nuestro país en la actualidad. Se publican infinidad de reportajes, columnas y editoriales, pero, de alguna manera, lo que no se está logrando

transmitir es la brutalización de la sociedad provocada por el conflicto. El tejido social de Nepal se está desgarrando, y todo lo que los periodistas estamos haciendo es informar de ello como si se tratara de una oleada de crímenes. “Muchos temas no encajan en el formato de noticia, así que, paradójicamente, tienes que recurrir a la ficción para contar la verdad”, sostiene Wagle, al explicar lo que ha inspirado su primera novela, *Café Palpasa*.

A menudo, la realidad es más dramática que la literatura en sociedades azotadas por turbios conflictos. En Nepal, cada caso de matanzas de niños por las minas antipersonas, de secuestros de estudiantes por parte de los rebeldes o de desaparición de mujeres en los controles es una tragedia familiar estremecedora de la que el resto del país debe estar informado. Pero, en lugar de ello, se suelen relatar de una manera que convierte a las víctimas en meras estadísticas. En raras ocasiones, se ve o escucha el dolor y la pérdida personal de los afectados.

Muchos temas no encajan en el formato de noticia, así que, paradójicamente, hay que recurrir a la ficción para contar la verdad

Esta novela es un relato sobre varios sucesos reales llevados a la ficción, sobre la vida y la muerte de nepaleses de a pie atrapados por las garras de la guerra. El autor interviene desde el principio en el relato, en el que encarna a un redactor de un periódico de Katmandú que se entera de que un amigo suyo ha sido secuestrado por el Ejército. Hasta ahí todo es verídico, pero en el capítulo siguiente, Wagle convierte a su amigo desaparecido en un artista imaginario llamado Drishya, y el resto del libro es la historia del artista contada por él mismo. El escritor reconoce que buena parte de lo que vive su personaje, Drishya, es medio autobiográfico. En la trama se entrelazan el frágil amor no declarado entre Drishya y Palpasa, una americana de origen nepalés, de primera generación, que ha vuelto a la tierra de sus padres harta de los estereotipos raciales tras el 11-S en EE UU, y el reencuentro del artista con su viejo amigo Siddhartha, ahora guerrillero. Cuando éste llega a Katmandú tras la masacre de la familia real, buscando refugio en casa de Drishya, los dos discuten sobre si los fines de la revolución justifican los medios:

–Pero ¿cómo puedes justificar la violencia? –pregunta Drishya.

–Sin destruir no se puede construir nada nuevo –responde Siddhartha.

–Pero está muriendo gente; ansían la paz –afirma Drishya.

–La gente no necesita paz, necesita justicia –sostiene su amigo maoísta–.
Si hay justicia, habrá paz.

–Pero estáis cometiendo injusticias en nombre de la justicia –dice Drishya una última vez.

Está claro que a Wagle le preocupa muchísimo el impacto de los enfrentamientos en el modo de pensar de la nación, y le horrorizan los métodos maoístas: la brutalidad, la intolerancia al disenso y el terror como arma. Drishya viaja a su pueblo natal para ver a Siddhartha. Encuentra todo destrozado por la guerra y se da cuenta de que la mentalidad nepalesa ha quedado marcada irreversiblemente por la violencia. Todo está reflejado en el libro, página tras página: las atrocidades, ejecuciones, desapariciones, los secuestros, las minas antipersonas y la gente que muere víctima del fuego cruzado, noticias que leemos todos los días. Pero, como son cosas que les ocurren a personajes que hemos llegado a conocer, los sucesos parecen más reales que los titulares de prensa. Más tarde o más temprano, alguien iba a escribir una novela sobre la insurgencia maoísta y la confusa transición que vive el país en la actualidad. Por suerte, Wagle se ha adelantado y ha compuesto lo que en esencia es una sencilla pero poderosa novela en contra de la guerra, que se leerá y de la que se hablará durante años. Nos transporta más allá de Shangri-la y nos obliga a mirar al fondo del abismo.

Alerta de caos en Nepal. [Kunda Dixit](#)

Palpasa Café (Café Palpasa)

Narayan Wagle

245 págs., Nepalaya,

Katmandú, 2005 (en nepalés)

Cuando Nepal se abrió al mundo hace 50 años con el derrocamiento de la dinastía Rana, pronto se corrió la voz de los encantos de esta idílica tierra, sus estupendas montañas, su tranquilidad y su rico patrimonio cultural. Esto, y la gran facilidad para conseguir hachís, atrajo a los *hippies* a la capital, Katmandú, en los 60. Después llegaron los aficionados al *trekking* y los mochileros, a quienes hasta la pobreza les pareció fotogénica.

Así que cuando la insurgencia maoísta se volvió cada vez más violenta en 2000, los periódicos de Londres, Hong Kong y Nueva York apenas podían creerse que existieran problemas en Shangri-la (el paraíso terrenal). E incluso habiéndolos, estaban convencidos de que no tardarían en resolverse. Sólo después de que el príncipe heredero asesinara a toda su familia y se suicidara la noche del 1 de junio de 2001, los enviados especiales se dieron cuenta de que en el montañoso reino estaba sucediendo algo realmente grave.

Más de 11.000 personas han sido asesinadas en los últimos nueve años y, dado el número de desapariciones de ciudadanos, Nepal figura a renglón seguido de Sierra Leona o Ruanda en las listas del horror. El 1 de febrero de 2005, el rey Gyanendra, monarca constitucional tras el asesinato de la familia real, defenestró al primer ministro y se arrogó poderes ejecutivos, alegando que la incompetencia de los líderes electos estaba entorpeciendo las operaciones de contrainsurgencia de su Ejército. Numerosos líderes políticos fueron encarcelados y se impuso una estricta censura. De la noche a la mañana, la prensa nepalesa pasó de ser una de las más libres del mundo a tener a soldados armados en las redacciones controlando los textos.

La guerrilla maoísta decretó el 3 de septiembre un alto el fuego unilateral de tres meses e hizo un llamamiento a todos los partidos políticos para encontrar una solución a la situación que atraviesa el país. Este movimiento deja aislado al rey y al Gobierno que él mismo eligió hace

ocho meses.

Narayan Wagle, redactor del periódico en nepalés más popular de Katmandú, *Kantipur*, es testigo de excepción de este caos. Desde el principio de su carrera, a Wagle no le ha interesado informar sobre las altas esferas del poder de la capital. Prefiere recorrer los lugares más recónditos de este escarpado país y escribir artículos sobre el abandono y la apatía de la burocracia para llamar la atención del Gobierno en un lejano Katmandú.



Como compañero de profesión, comparto el sentimiento de Wagle respecto a la incapacidad del periodismo para ofrecer un verdadero retrato del trauma de nuestro país en la actualidad. Se publican infinidad de reportajes, columnas y editoriales, pero, de alguna manera, lo que no se está logrando transmitir es la brutalización de la sociedad provocada por el conflicto. El tejido social de Nepal se está desgarrando, y todo lo que los periodistas estamos haciendo es informar de ello como si se tratara de una oleada de crímenes. “Muchos temas no encajan en el formato de noticia, así que, paradójicamente, tienes que recurrir a la ficción para contar la verdad”, sostiene Wagle, al explicar lo que ha inspirado su primera novela, *Café Palpasa*.

A menudo, la realidad es más dramática que la literatura en sociedades azotadas por turbios conflictos. En Nepal, cada caso de matanzas de niños por las minas antipersonas, de secuestros de estudiantes por parte de los rebeldes o de desaparición de mujeres en los controles es una tragedia familiar estremecedora de la que el resto del país debe estar informado. Pero, en lugar de ello, se suelen relatar de una manera que convierte a las víctimas en meras estadísticas. En raras ocasiones, se ve o escucha el dolor y la pérdida personal de los afectados.

Muchos temas no encajan en el formato de noticia, así que, paradójicamente, hay que recurrir a la ficción para contar la verdad

Esta novela es un relato sobre varios sucesos reales llevados a la ficción, sobre la vida y la muerte de nepaleses de a pie atrapados por las garras de la guerra. El autor interviene desde el principio en el relato, en el que encarna a un redactor de un periódico de Katmandú que se entera de que un amigo suyo ha sido secuestrado por el Ejército. Hasta ahí todo es verídico, pero en el capítulo siguiente, Wagle convierte a su amigo desaparecido en un artista imaginario llamado Drishya, y el resto del libro es la historia del artista contada por él mismo. El escritor reconoce que buena parte de lo que vive su personaje, Drishya, es medio autobiográfico. En la trama se entrelazan el frágil amor no declarado entre Drishya y Palpasa, una americana de origen nepalés, de primera generación, que ha vuelto a la tierra de sus padres harta de los estereotipos raciales tras el 11-S en EE UU, y el reencuentro del artista con su viejo amigo Siddhartha, ahora guerrillero. Cuando éste llega a Katmandú tras la masacre de la familia real, buscando refugio en casa de Drishya, los dos discuten sobre si los fines de la revolución justifican los medios:

–Pero ¿cómo puedes justificar la violencia? –pregunta Drishya.

–Sin destruir no se puede construir nada nuevo –responde Siddhartha.

–Pero está muriendo gente; ansían la paz –afirma Drishya.

–La gente no necesita paz, necesita justicia –sostiene su amigo maoísta–.

Si hay justicia, habrá paz.

–Pero estáis cometiendo injusticias en nombre de la justicia –dice Drishya una última vez.

Está claro que a Wagle le preocupa muchísimo el impacto de los enfrentamientos en el modo de pensar de la nación, y le horrorizan los métodos maoístas: la brutalidad, la intolerancia al disenso y el terror como arma. Drishya viaja a su pueblo natal para ver a Siddhartha.

Encuentra todo destrozado por la guerra y se da cuenta de que la mentalidad nepalesa ha quedado marcada irreversiblemente por la violencia. Todo está reflejado en el libro, página tras página: las atrocidades, ejecuciones, desapariciones, los secuestros, las minas antipersonas y la gente que muere víctima del fuego cruzado, noticias que leemos todos los días. Pero, como son cosas que les ocurren a personajes que hemos llegado a conocer, los sucesos parecen más reales que los titulares de prensa. Más tarde o más temprano, alguien iba a escribir una novela sobre la insurgencia maoísta y la confusa transición que vive el país en la actualidad. Por suerte, Wagle se ha adelantado y ha compuesto lo que en esencia es una sencilla pero poderosa novela en contra de la guerra, que se leerá y de la que se hablará durante años. Nos transporta más allá de Shangri-la y nos obliga a mirar al fondo del abismo.

Kunda Dixit es codirector del Nepali Times de Katmandú, Nepal.

Fecha de creación

5 septiembre, 2007